

SEMANA SANTA

En otras ocasiones he escrito sobre el peligro de trivializar la Semana Santa, de ver en ella sólo una manifestación costumbrista o de cultura popular, omitiendo lo que constituye su entraña: el mensaje evangélico. Y aún cuando, en cierta medida, es costumbre y es cultura, en la acepción de acopio de experiencias y conocimiento -mas amplia, por tanto, que la puramente académica- no puede olvidarse cuánto representa, el contenido religioso que trasciende a veces con dramatismo estremecedor, de las imágenes, que convierten nuestras calles en templos, con artesonado de estrellas, para la oración colectiva.

Entre las diversas formas de comunicación, no siempre la palabra resulta más eficaz y la que, con mayor hondura, cala en la mente y en la sensibilidad. Hay ocasiones en que la pintura, la música, la arquitectura, la escultura, incluso el simple gesto, nos dicen bastante más que cualquier descripción y explicación orales, por extensas y hábiles que sean. Así ocurre con la Semana Santa. Las imágenes tienen la capacidad de darnos a conocer los hechos y situaciones mejor que cualquier libro de historia, al tiempo que excitan nuestra sensibilidad, nos despiertan emotivos sentimientos y nos hacen comprender, con mayor claridad que cualquier tratado de teología, los atributos divinos.

Desde esta perspectiva, lo que pudiera parecer componente folclórico -lo superficial de las efemérides - desaparece, y surge, en cambio, un sentido teológico, un fin claro y rotundo: reconocer, y recordar, la verdad cristiana; recordar, y reconocer, a quien la predicó con amor, rubricándola con dolores y vejaciones y con el sacrificio de la muerte, en vez de imponerla - que podía - con fuego y violencia apocalípticos.

Y toda esta historia de redención -el amor siempre es redentor - la vivimos durante una semana. Comienza con la aclamación triunfal, entre palmeras y aplausos, de la entrada en Jerusalén. Después vendrán, transformados en arte, (¡ que pasajeros y volubles son los entusiasmos populares!), los distintos hechos: Jesús, dando ejemplo de humildad, lavando los pies del discípulo; Jesús, atadas las manos, preso; Jesús, sujeto a una columna, azotado con saña y crueldad ... Y subirá la tensión la presión emotiva

hasta alcanzar el climax del Viernes Santo: Jesús, de morena tez, cargado con pesada cruz, Jesús, con su túnica morada, o la blanca del Amor, camino del suplicio, cayendo en el camino desmayado y sin fuerzas, sudoroso y ensangrentado el rostro, que quedará grabado en el lienzo de la mujer verónica al secarlo; Jesús crucificado, pálido, en el silencio tenebroso y trágico de la oscura noche, con su roja sangre coagulada, herido el pecho por certera lanza ... Y la Virgen madre que en diversos momentos seguirá, Dolorosa y dolorida, al Hijo, entre sollozos y lágrimas, para terminar en angustiada Soledad, en la más larga, acongojada y triste de las soledades: la de la madre que pierde al Hijo, después de ser éste humillado, herido, atormentado y escarnecido como un malhechor.

Pero la tragedia era necesaria para entender y extender el mensaje: el triunfo del amor sobre las miserias y maldades; el triunfo de la vida sobre la muerte; la existencia de Dios, creador y legislador de las inviolables leyes del universo, y esperanza para los deseos de eternidad del hombre.

Miguel Molina Rabasco

